

# **GALICIA Y TORRENTE BALLESTER**

José A. Ponte Far

*I.E.S. "Concepción Arenal" (Ferrol)*



En el discurso de investidura como doctor "Honoris causa" de la Universidad de Santiago de Compostela, Gonzalo Torrente Ballester afirmaba que "hasta ahora, si la cuenta no está mal hecha, yo soy el escritor gallego de este siglo que más páginas narrativas dedicó a Galicia". La cuenta estaba bien hecha. Los tres volúmenes de *Los gozos y las sombras*, la extensísima *Sagafuga de J.B.*, *Fragmentos de Apocalipsis*, tres historias de las seis que componen *Las sombras recobradas* ("El cuento de Sirena", "Farruquiño" y "Farruco el desventurado"), *Dafne y ensueños*, *Filomeno a mi pesar*, *La muerte del decano*, *La boda de Chon Recalde* y *Los años indecisos*, son novelas ambientadas en Galicia, con personajes y ambientes reconocibles en nuestras ciudades y aldeas. A esto habría que añadir las incontables páginas que sobre aspectos de la vida, historia y cultura de Galicia escribió en sus Cuadernos de trabajo y en su prolífica labor periodística, recogida hoy en libros como *Cuadernos de La Romana*, *Torre del aire*, *Cotufas en el golfo* y *Memoria de un inconformista*.

Pero hay algo en la relación novelística de Torrente con Galicia que yo considero todavía más importante que la cantidad de páginas dedicadas a esta tierra. Es la captación sutil del carácter y espíritu gallego que se manifiesta en sus obras. Al fin y al cabo, Torrente es un gallego más, naci

do y criado en Galicia y entre gallegos, por lo que su propio talante entra a formar parte de lleno del prototipo caracteriológico que se le atribuye al hombre de estas tierras.

Y es que Torrente empezó a vivir y a sentir a Galicia desde su infancia, y siempre como una experiencia dual, ambivalente; a veces, incluso, contradictoria. Desde la casa de su abuela, en el valle de Serantes -al lado del cementerio en el que quiso ser enterrado- podía contemplar una realidad gallega detenida en el tiempo, anclada en la Edad Media. Pero también veía cómo, a poca distancia, brillaban los potentes focos de los barcos de guerra surtos en el puerto de Ferrol, que venían a representar la modernidad. En la aldea escuchaba leyendas de santos, romances carolingios, historias de ladrones legendarios, romances bretones. En la ciudad, estudiaba matemáticas y francés. Estas contradicciones subsistieron durante toda su infancia y juventud ferrolana, e hicieron de Gonzalo Torrente un gallego sociológicamente en estado puro, si es que, aunque sea para entendernos, podemos utilizar tales términos. Quiero decir que muy pronto aprendió que la ambigüedad es un valor añadido a la hora de entender la realidad y la vida para no ser dogmáticos ni creerse infalibles.

Lección importante que aprenderá definitivamente a los doce años, cuando hace un viaje con su madre a Estepona y sale por primera vez de Galicia. Al contemplar desde el tren con ojos maravillados la inmensa llanura castellana, se da cuenta de que, en Castilla, las cosas son distintas. Por ejemplo, un árbol visto a distancia es, efectivamente, un árbol cuando se ve de cerca; una piedra es una piedra, que lo que parece una casa en la lejanía, es realmente una casa cuando llegamos a sus proximidades. Pero en Galicia no es así. No sabemos con certeza lo que es nada. Aquel árbol que vemos a lo lejos puede ser un árbol o puede ser un gigante disimulado en la niebla. Él, desde niño, ya intuía que los pobladores de los bosques de Serantes eran muchos más de los que se veían...

Por todo ello, aprende que la ironía es la mejor actitud para poder explicarse cosas inexplicables. Confirma que la **vaguedad** y la **ambigüedad** son los mejores antídotos contra el **dogmatismo**.

Este ir aprendiendo a situarse ante el mundo “a lo gallego” va a afectar estructuralmente a su manera de escribir y de ver la literatura. O lo

que es lo mismo, su talante se va configurando en función del medio social y geográfico en el que nació y vive; por lo tanto, ese medio condiciona su producción artística, su literatura.

Y esto se ve muy especialmente si nos fijamos en dos de las más definidoras características de la obra novelística de Torrente: por un lado, su tendencia al **raciocinio** y a la **reflexión**, que lo empujan a una línea **realista**; por otro, su propensión a la **fantasía** y a la **imaginación**. Dos vetas que alimentan toda su literatura; que se manifestaron por separado en algunas obras, pero que casi siempre se entrecruzan y mezclan perfectamente en la misma novela. Y es que Torrente, con lo que él, en su particular teoría de la literatura, ha llamado “realidad suficiente”, es capaz de llevarnos de lo real a lo fantástico y viceversa sin que el lector, ganado por la sugestión de la fuerza narrativa, se pare a pensar a qué orden de la realidad o fantasía corresponde aquello que está leyendo. Estamos ante una técnica literaria emparentada con lo que se llama “Realismo mágico”, pero utilizada por gallegos como Torrente Ballester y Cunqueiro mucho antes de que García Márquez y Vargas Llosa, entre otros escritores hispanoamericanos, popularizaran el término.

Y es que, en el caso de Torrente, ese pasar de la realidad a la fantasía fue un ejercicio que realizaba casi a diario. Bastaba, siendo niño, con recorrer los escasos tres kilómetros que separan Ferrol, la ciudad en la que vivía con sus padres e iba al colegio, y Serantes, la aldea, todavía sumida en la Edad Media, como sacada de unas páginas de Valle-Inclán, donde vivían sus abuelos maternos y sus tres tías solteras. Ferrol, fundada en el siglo XVIII, con su trazado geométrico a escuadra y cartabón, ejerce sobre él, como sobre todos los ferrolanos, una fuerte presión racional, con toda su carga de realidad. En esta ciudad no hay lugar para la fantasía: sus calles rectas, largas, cortadas por otras perpendiculares, con dos plazas concéntricas, no dejan un recoveco ni un escondrijo en el que poder protegerse de su inmanente presencia física. No cabe en ellas ni el misterio ni la ensoñación.

Pero el niño Gonzalo Torrente, en cuanto recorre el camino que lleva a Serantes, encuentra otra esfera de la realidad muy distinta: la mágica y medieval propia de una aldea gallega, más próxima a la Edad Media

como he dicho, que al siglo XX. Y además, en la propia casa, según quien fuese su interlocutor, el niño se situaba, de nuevo, ante dos esferas distintas. Los abuelos eran dos personajes extraordinarios, pero cada uno por su lado, porque no se dirigían la palabra y sólo se sentaban juntos a la mesa el día de Nochebuena y el del patrón de Serantes, San Salvador: el abuelo Eladio, lúcido en su ceguera, racional, culto, liberal y descreído; la abuela Francisca, de imaginación desbordante, que hablaba directamente con Dios varias veces al día, lo que no era óbice para que creyese con la misma firmeza todas las leyendas e historias de superstición y ultratumba que se contaban en la aldea. De ahí, pues, que esta dualidad tan atractiva que se produce en la obra novelística de Torrente no sea otra cosa que el traslado al terreno artístico de su experiencia vital, que, en definitiva, se da en el ámbito de su experiencia gallega. Este magma ambiental acabó plasmándose en su obra literaria, llegando a ser, posiblemente, su característica más notable, singular y difícil de armonizar. Pues logró, como señala la profesora Carmen Becerra, “captar lo fantástico en lo ordinario, lo irreal en lo natural, lo maravilloso en lo cotidiano”.

Otro de los rasgos definidores de la novelística de Torrente es su **humor, su ironía**, una tendencia innata, caracteriológica, la que inclina a nuestro autor hacia esta vertiente tan rara en la literatura española, y que, entre otras cuestiones, lo acerca a Cervantes (también de ascendencia gallega, no hay que olvidarlo). El sentido del humor es algo implantado estructuralmente en su psicología y en su talante vital, porque ha sido incorporado de forma natural del medio gallego en que vino al mundo y vivió su infancia y primera juventud, que es una etapa, como sabemos, decisiva en la formación y consolidación posterior del ser humano.

De su ciudad hereda el escritor un gusto especial por la ironía, por buscarle el lado humorístico a las cosas y a los hechos. Ya hablamos de su peso racionalista, por ser un producto arquitectónico del Siglo de las Luces. Torrente la definió magistralmente como “una ciudad lógica en un entorno mágico”, porque no hay que olvidar que a pocos kilómetros de Ferrol, amenazando con precipitarse al vacío del acantilado atlántico, está la ermita de San Andrés de Teixido -adonde “vai de morto o que non foi de vivo”, dice la leyenda-, santo y seña de la Galicia supersticiosa, de la

Galicia profunda y mágica. El propio Torrente, en el prólogo a su novela *La boda de Chon Recalde*, que transcurre en Villarreal de la Mar -trasunto literario de Ferrol- nos describe así a sus habitantes: “Hay, en una palabra, el contraste entre el alma geométrica y racionalista que se impuso, por decreto, a la ciudad, y el alma lírica de las gentes atlánticas, enemigas del límite. Los nacidos en Villarreal de la Mar resuelven el contraste en música e ironía. Nadie como ellos con mayor capacidad de burlas. Ni nadie tampoco más fácil para la seducción por los cantos de las sirenas”.

Si bien su humor fino e ironía inteligente están presentes ya desde sus primeras obras de teatro, serán casi inapreciables en sus primeras novelas, incluida también la trilogía de *Los gozos y las sombras*. Está frenado este aspecto tan profundo, espontáneo y personal del autor, y no por voluntad propia, sino fundamentalmente por las circunstancias literarias del momento: la presión de la influencia francesa es tan fuerte que todo el que no siga las directrices del “Nouveau roman” con Alain-Robe-Grillet a la cabeza, quedaba descalificado entre los críticos españoles. Torrente, desde luego, no las sigue, pero ya no se atreve a desafiar más las convenciones de la moda escribiendo una novela desenfadada.

Pero el espíritu humorístico lo recupera Torrente, ahora deliberada y voluntariamente, en su siguiente obra, *Don Juan* (1963). Por esta razón, la novela, aunque carece de materiales gallegos explícitos, por la conjunción que hace de elementos líricos, irónicos y sarcásticos, contado todo ello de una manera muy ambigua y visiblemente humorística, está en esa línea tan propia de lo que estamos llamando “espíritu gallego”. En ella encontramos más una comicidad de situaciones que una comicidad verbal. No es ruidosa, sino que se trata de una comicidad “de espoleta retardada”, lo cual es muy propio de nuestro paisanaje. De esta obra dijo el propio Torrente en 1979: “Está escrita con ánimo, espíritu, sensibilidad, conciencia y subconsciencia gallegos, regocijándome, divirtiéndome mucho mientras la escribía. Para mí, el mejor libro que escribí nunca”.

Será en *La sagafuga de J.B.* (1972) donde apreciamos más intenso y ampliamente ese sentido del humor gallego al que venimos refiriéndonos (por supuesto que el humor es universal, pero creemos que los gallegos le aportamos un matiz especial).

En *La saga/fuga de J.B.*, los paralelismos forzados hasta el absurdo, las sustituciones de lo real por lo fantástico, el análisis de lo fantástico bajo las lentes de lo real, la creación de todo tipo de situaciones a las que este juego conlleva, marcan preferentemente, sobre otros aspectos de estilo o lenguaje, la nota más destacada. Montada sobre esos cimientos de contrastes y absurdos, la novela está escrita y resuelta en clave de humor (de humor gallego, claro).

La novela siguiente, *Fragments de Apocalipsis* (1977), está concebida en su conjunto como un juego; un entretenimiento literario que le permite explorar las posibilidades de autonomía e independencia de los propios personajes, así como parodiar, con un fino tratamiento, aspectos históricos y temas mitológicos. Novela escrita con gran libertad de creación y de movimientos técnicos, deja entrever, ya desde las primeras líneas, ese carácter lúdico con el que fue escrita y deja percibir con nitidez ese tono humorístico que la recorre.

Las novelas que siguen -*La isla de los jacintos cortados* (1980), *Quizá nos lleve el viento al infinito* (1984), *La rosa de los vientos* (1985), *Yo no soy yo, evidentemente* (1987), *Filomeno a mi pesar* (1989), *Crónica del rey pasmado* (1990) y casi todas las restantes reiterarán ese tono y ese talante. Parece como si Torrente se hubiese instalado ya, definitivamente, en esa literatura volátil, concebida como un juego, convencido el escritor de que, si él se divierte, también se ha de divertir el lector.

Este sentido del humor, sutil y socarrón, era algo característico, también, del carácter personal de Torrente. Si se encontraba entre gente de confianza, su agudeza irónica asomaba en cada palabra o comentario. Lo mismo pasaba con su tendencia a ver el lado gracioso de las cosas, empujando por lo que le ocurría a él mismo. Recuerdo, como anécdota graciosa, un día que habíamos quedado en verlo unos amigos en la cafetería de un hotel de Santiago. Cuando llegamos, él ya estaba sentado a la mesa, esperándonos, y se mostraba especialmente dicharachero. Ante el comentario de alguien sobre ese estado de ánimo, D. Gonzalo, que siempre se estaba lamentando, entre risas y veras, de que últimamente ya nadie lo conocía, de que nadie se acordaba de él, nos dijo: “Sí, estoy muy contento, porque acaba de pasar por delante de mí un matrimonio, y ella le dijo

al marido: mira, ese señor que está ahí sentado es un escritor famoso: es Miguel Delibes”.

Hay otro rasgo instalado estructuralmente en su literatura, a lo largo y ancho de su obra literaria, que tiene las raíces hundidas en la tradición y forma de vida gallegas. Me refiero a la fuerte presencia de la **tradición oral** en su forma de escribir. Torrente dijo en numerosas ocasiones que, en su infancia, había escuchado a narradores extraordinarios, dotados de una capacidad de evocación sorprendente. Esa larga nómina podía empezar por sus abuelos maternos, cada uno, como ya sabemos, con temas e historias de distinta naturaleza. En casa de los abuelos se daba siempre posada a mendigos y peregrinos que venían de lejos, y a la lumbre cálida del lar contaban en las largas noches de invierno historias de santos, de acontecimientos sobrenaturales, de héroes extraordinarios. El niño Torrente disfrutaba con estas historias que escuchaba sin salir de casa, y aún buscaba otras acudiendo los sábados por la tarde a la taberna de la aldea, donde se daban cita viejos marineros que habían estado en la guerra de Cuba y en Filipinas. De estos personajes, su favorito era un viejecito al que escuchaba embobado. Respecto a él nos dice Torrente:

*El tío Galán contaba mejor que nadie, contaba actuando: imitaba el estruendo de las olas o el bruar de los vientos en las arboladuras, los terribles silbidos del temporal en la maraña de cables. Nos hacía ver la magnitud de las olas, el barco encaramado en una cresta en que rompía la espuma, y el descenso en el seno inmediato, treinta o cuarenta brazas, que todos quedábamos en vilo, barrida por el agua la cubierta: y el miedo que pasaban cuando había que trepar hasta las gavias, a aferrar una vela o arriarla. El tío Galán había sido timonel después de gaviero, y había llegado a cabo de mar reenganchado. Guardaba una fotografía amarillenta, hecha en La Habana, y la mostraba a veces: de uniforme con la gorra a los pies, bigote y barba, más plantado que nadie”*

---

<sup>1</sup> Torrente Ballester, G., *Dafne y ensueños*, Barcelona: Destino, 1983, pág. 204

Su afición a la narración oral se trasluce y marca su propia obra literaria en un doble sentido: por un lado, el ritmo y la cadencia de su prosa es más propia de la lengua oral que de la escrita y, por otro, los personajes de sus novelas son aficionados al “palique”, a la conversación, a la tertulia, como remedos del propio autor, por lo que Torrente se convierte en el escritor español contemporáneo que más y mejor utiliza los diálogos en sus relatos, una modalidad literaria muy difícil de conseguir, de ahí su poca presencia en la novela contemporánea española.

En cuanto al primer aspecto, el marcado ritmo tonal, sintáctico y estilístico de la lengua hablada que se observa en su prosa, es la consecuencia directa de su afición a la oralidad, que llevará hasta el punto de que, desde *La pascua triste* (1962), último libro de la trilogía *Los gozos y las sombras*, Torrente dictará sus creaciones a un magnetófono, dictado sobre el que luego sólo corregirá pequeños detalles de estilo.

En cuanto al segundo, todos los que conozcan alguna novela de Torrente se habrán encontrado con largos e inteligentes diálogos de los personajes, casi siempre reunidos en torno a una mesa de uno de los muchos cafés de pueblo que ha creado en sus páginas, todos ellos acogedores y sencillos, o en torno a una chimenea mientras la lluvia y el frío se hacen notar en las ventanas. Las largas conversaciones en el pazo de Carlos Deza, entre éste y el fraile Eugenio Quiroga, o con doña Mariana, en *Los gozos y las sombras*; las largas charlas de café de Leopoldo Allones en *Off-side*, o las divertidas tertulias de los miembros de la Tabla Redonda en el café Suizo, o las entretenidas veladas en la torre de la catedral de Santiago entre el arzobispo, el sastre y los anarquistas de la ciudad, son ejemplos suficientes para proclamar el gusto del autor por el escenario acogedor, interno, que va a facilitar que sus personajes se entretengan con gusto al palique, que se dejen llevar con facilidad por su carácter de “charlistas” empedernidos. Y es que en Galicia todavía queda el gusto por la charla de café y de sobremesa, que el escritor gallego Carlos Casares, devoto de las tertulias -compartió durante muchos veranos una con Torrente- definió hace poco en un artículo de prensa como “el ocio agradable de discutir cosas que no sirven para nada, es decir, asuntos importantes”. Que no está nada mal.

La presencia de Galicia es tan abundante y está tan presente en la obra narrativa de Torrente que a estas alturas de mi intervención tengo que empezar a seleccionar los materiales que considero más importantes a fin de no excederme en el tiempo que la prudencia y el buen sentido aconsejan para estos casos. Así que ya no me detendré en la atención esmerada que, como buen gallego, le presta al tiempo climatológico: la presencia de la lluvia, la niebla, el viento, la humedad, el cielo bajo y nublado, se convierten en realidades inevitables en sus obras que, además, condicionan la vestimenta de sus personajes, casi todos ellos “figuras de invierno”, siempre con prendas de abrigo: Carlos Deza con su chaqueta de pana, Cayetano Salgado con su zamarra de cuero, José Bastida siempre con el abrigo raído, Napoleón con su capa, don Acisclo con su manteo, Filomeno con el sombrero y el inseparable paraguas...

Tampoco quisiera pasar ya del mero muestreo en un aspecto que, por otra parte, es muy evidente en la obra novelística de Torrente y, hasta cierto punto, no deja de ser lógico. Me refiero al carácter gallego -si es que se puede hablar de una tipología gallega- de muchos de sus personajes, especialmente aquéllos que están inspirados en modelos reales, que el autor conoció en su experiencia gallega. El propio Torrente afirma que “puros o contaminados, todos los personajes secundarios proceden de mi experiencia y están transcritos con bastante fidelidad”. Yo añadiría que también alguno de los personajes principales tienen esa misma procedencia. Solo a modo de ejemplos: de José Bastida, personaje protagonista y narrador de *La saga/fuga de J.B.* se nos dice que nació en Soutelo de Montes, en la provincia de Pontevedra, pero realmente está inspirado en un personaje ferrolano, al que Torrente conoció mucho, ya que fueron compañeros, como profesores, en una academia ferrolana llamada “Rapariz”, transfigurada en la novela como “Taladriz”. Se trataba de D. Manuel Masdías, persona muy popular y hoy de grato recuerdo en la ciudad.

También parte de los personajes de la Mesa Redonda de *L saga/fuga...* están inspirados en un grupo de personas que había en Pontevedra a finales del siglo XIX, y que fueron los que realmente preservaron la parte vieja de esta ciudad -amenazada por los urbanistas d entonces con la demolición- para lo cual constituyeron la “Socieda

Arqueológica de Pontevedra”, en la que se significaban los hermanos Muruais. Personajes cultos, pero extravagantes, de los que Torrente echa mano para crear una novela disparatada, pero extraordinaria.

La obra literaria de Torrente Ballester, como pueden ir deduciendo, está llena de elementos gallegos de muy variada índole, desde vivencias y experiencias vitales, hasta personajes, pasando por esas líneas maestras que apuntaba al principio y que condicionan su literatura. Lo mismo encontramos a la ferrolana Hildegart, hija de Aurora Rodríguez a la que Torrente conoció y trató, bajo el nombre de Egmerarda en la novela *Yo no soy yo, evidentemente*, que leemos en *La saga/fuga de J.B.* el comentario que hacen los hombres del café Suizo sobre una mujer de muy buen tipo, pero de rostro poco atractivo que se pasea por la calle principal del pueblo, “tiene cuerpo de pecado y cara de arrepentimiento”, que es un dicho ferrolano, vigente todavía hoy en la calle en casos semejantes.

Pero quisiera centrarme, en esta recta final de mi intervención, en un aspecto quizá menos evidente para el lector que se acerque a una novela de Torrente, pero al que yo concedo gran importancia, porque se trata de un empeño personal y voluntario del escritor por introducir, divulgar y popularizar **mitos gallegos** que se habían instalado en el mundo de la erudición y de la cultura, pero con muy poco contacto con el pueblo. Torrente trata de extender entre sus lectores la relación de Galicia con el mito, una relación que se hunde en los tiempos de la historia, desde que Galicia fue confirmada geográficamente como un “Finis Terrae” y como tal “Finis Terrae” vivirá ya su historia. El Finisterre era buscado por los peregrinos de Santiago, y todas las tierras que poseen como Galicia esta condición - Irlanda, Bretaña, Cornualles, Gales, Portugal- son tierras que poseen un mito redentor. Para abreviar, pensemos en el esperanzado retorno del rey don Sebastián, en Portugal, y del rey Artús en los países célticos. En Galicia se conocieron desde siempre estas leyendas mitológicas, seguramente por importación cultural debida a las peregrinaciones. En la provincia de Orense, por ejemplo, en un lugar donde hubo una laguna que desventuradamente han desecado, se cuenta que murieron ahogados 35.000 caballeros del rey Artús. Es decir, las peregrinaciones trajeron historias carolingias e historias bretonas, pero éstas no fueron creadas en

Galicia. Quizá la razón de que no se haya creado una mitología redentora se deba al hecho de que todas las fuerzas espirituales pronto estuvieron atraídas y aprisionadas por el mito cristiano de Santiago.

Torrente, siguiendo la mitología atlántica, en su novela *La saga/fuga de J.B.* crea la ciudad de Castroforte de Baralla, que en una lectura simbólica podemos considerar que representa a Galicia, pues es un microcosmos con la problemática general de todo el país gallego. A la actual población de Castroforte habrá de liberarla un mítico salvador, del que sólo se sabe que sus iniciales han de ser J.B. Cada generación de castrofortinos tuvo su J.B. libertador, y ahora están esperando al que les corresponde, que puede ser Jacinto Barallobre, Jesualdo Bendaña o José Bastida. Y, como los protagonistas mitológicos de otros pueblos, llegará por mar, como han llegado también sus predecesores.

En *La saga/fuga* quien llega por mar es un **Cuerpo Santo** que corresponde a Sta. Lilaila de Éfeso y que, aunque pertenece a la familia Barallobre, se venera en la Colegiata de Castroforte y es motivo de orgullo y de riqueza para todo el pueblo. El mito de Santiago subyace, evidentemente, bajo este motivo central de la novela. No es difícil identificar el Cuerpo Santo de *La saga/fuga* con el de Santiago Apóstol. En Castroforte, igual que en Galicia, interesaba sobremanera mantener la creencia de que se trataba de un "Santo Cuerpo", dada la riqueza que traía a la región.

Además, Torrente va un poco más allá. En esta novela no disimula su heterodoxia al respecto, ya que la autenticidad del **Cuerpo Santo** de Castroforte es negada por tres catedráticos enviados por los villasantinos, la ciudad vecina y rival, para que diesen fe de la misma. Éstos, a mediados del siglo XIX, certifican que el Santo Cuerpo no era muy antiguo, ya que no tenía más allá de doscientos o trescientos años, por lo que limitan su autenticidad al siglo XVI o XVII.

El mito de Santiago vuelve a encontrarse en otra de las mejores novelas de Torrente, *Fragmentos de Apocalipsis* (1977). En ella la acción transcurre en Villasanta de la Estrella, recreación literaria de la ciudad de Santiago de Compostela, perfectamente identificable. En la catedral, el cuerpo que se venera es ahora el de una muchacha, una joven noble de la

familia de los Bendaña, de quien estaba enamorado un obispo y cuyo padre la mató antes de que cayera en brazos del prelado. El obispo mandó construir la catedral encima de su sepulcro.

Otra vez hay un intento de sustituir el mito religioso de Santiago por un mito laico, en la línea de la más popular heterodoxia. Porque a lo largo de la historia surgieron deseos de galleguizar este mito cristiano, sustituyéndolo por otro que conservase el mismo valor. Así es como aparece en la historia de Galicia el mito de Prisciliano, un obispo hispánico del siglo IV, seguidor de una variante del gnosticismo, condenado y ejecutado en Tréveris por el crimen de la magia. Fue enterrado en algún lugar de Galicia, tierra en la que la secta prisciliana tuvo una ferviente acogida entre el pueblo.

En este intento de dar un significado local a la leyenda de Santiago, se intenta difundir que los huesos que están en el sepulcro sobre el que se alza la iglesia son los de Prisciliano y no los del Apóstol. El nuevo mito no tuvo repercusión nunca, ya que Prisciliano es un personaje totalmente borrado de la mentalidad popular. Es un mito introducido por “vía culta” y no por la vía de lo popular y cotidiano.

Pero Torrente aprovechará la figura de Prisciliano de dos maneras. La primera, creando sobre la figura histórica de éste un personaje de ficción que responde a sus características: será el obispo Jerónimo Bermúdez, uno de los J.B. que protagonizan *La saga/fuga de J.B.*

La otra manera de utilizar novelísticamente a Prisciliano es más indirecta: Torrente sustituirá los huesos del Apóstol, no por los de Prisciliano, sino por los de la joven y muy hermosa. Esclaramunda Bendaña, de la que estaba enamorada el Obispo Sisnando. Éste es el nudo gordiano de la acción más compacta de *Fragmentos de Apocalipsis*.

Insistiendo en este aspecto restaurador del mito que estamos viendo en Torrente, y ya para terminar, quisiera señalar que en estas dos novelas en las que me he detenido especialmente, las catalogadas de “fantásticas”, pero con una base de planteamiento y de materiales firmemente gallegos, en cada una de ellas encontramos otras referencias a la mitología atlántica. Conviene acercar estos temas al lector, piensa Torrente, será la mejor manera de que los vayan incorporando a su acervo cultural. Así,

en *La saga/fuga de J.B.* se incorpora también el mito de **los santos venidos por mar**, que así es como llega a Castroforte el Cuerpo Santo. Este mito, también atlántico, está estrechamente ligado al de los Cristos arrojados al mar -como el de Candás (Asturias) y el de Cangas de Morrazo (Pontevedra)- arrojados a las aguas por los protestantes en las guerras de religión que sufrieron los países del norte de Europa. En realidad, el mito de los santos venidos por el mar no es más que una variante circunstancial del mito de la barca en que llegó a Galicia una raza de serpientes (los celtas) que expulsaron a los moradores anteriores; es la misma barca que trajo a las orillas gallegas al apóstol Santiago para predicar el Evangelio, y la misma de la “Virxen da Barca”, que vino para consolar al Apóstol en sus momentos de desaliento. De la misma forma legendaria llegará el Cuerpo Santo a Castroforte del Baralla.

Y en *Fragmentos de Apocalipsis* el otro motivo de índole mitológica o semi-mitológica es la presencia de los vikingos. Los vikingos frecuentaron Galicia durante varios siglos, tenían bases navales en puertos gallegos, concretamente en la ría de Ferrol, en donde dejaron descendencia, pues no es raro ver, sobre todo en los pueblos costeros, de vez en cuando, algunas muchachas de trenzas rubias que parecen suecas. Los vikingos pretendieron durante mucho tiempo alcanzar la ciudad de Santiago, alcanzarla por vía fluvial y saquear sus riquezas. Todavía están en pie las torres militares, cuya construcción ordenó el arzobispo de Santiago, para defender la entrada del río Ulla, en Catoira.

En *Fragmentos de Apocalipsis*, los vikingos, después de pasados mil años de su primera y fracasada incursión en tierras santiaguesas, regresan y devastan la ciudad, cumpliendo así una profecía que vaticinaba la destrucción de Santiago por los vikingos al cumplirse el milenio de su primera llegada. Por eso, en la realidad y hasta hoy, en Catoira, donde aún aguantan las Torres del Oeste, cada primer domingo de agosto, se sigue conmemorando popularmente el desembarco de los vikingos y su invariable derrota ante la resistencia valerosa de los nativos.

Señoras y señores, puedo asegurarles que, aunque solamente he apuntado algunos aspectos de la literatura de Torrente Ballester que tienen una relación clara, cuando no de causa, con Galicia, puedo asegurarles

que podría seguir enumerando otros muchos y quizá no menos importantes. Obviamente ya no voy a hacerlo, pero terminaré diciendo que Torrente, discutido hace años en Galicia por escribir en castellano, es ahora mismo, y ya en sus últimos años de vida, un escritor reconocido por todos los gallegos y muy querido por la mayoría. Escritores gallegos, pioneros en esta lengua y con una calidad contrastada, como Alfredo Conde o Xavier Alcalá, con Méndez Ferrín a la cabeza, han reconocido sin ambages la valía de la literatura de Torrente y el noble uso que ha hecho siempre de materiales novelísticos gallegos. Escritores gallegos más jóvenes, como Manuel Rivas, Víctor Freixanes, Suso de Toro, Xosé Carlos Caneiro, entre otros, han proclamado a Torrente como uno de sus principales maestros novelísticos. Carlos Casares fue un íntimo amigo de D. Gonzalo, además de un entusiasta discípulo. Teniendo en cuenta aspectos como éste, podemos decir que, cuando la obra artística es capaz de saltar por encima de prejuicios político-lingüísticos y llegar limpiamente a unos y a otros, estamos, sin duda, ante un autor importante y trascendente, del que hay mucho que aprender. Además, el papel de maestro en las Letras Castellanas Torrente lo tiene asegurado desde hace años, y discípulos suyos, más o menos próximos, se reconocen grandes novelistas actuales, como los Luis Landero, Luis Mateo Díez, Enrique Vila-Matas, Ignacio Martínez de Pisón y otros. Estamos hablando, no les quepa duda, de uno de los mejores novelistas españoles de la segunda mitad del siglo XX.